

SONÁMBULOS. CÓMO EUROPA FUE A LA GUERRA EN 1914 “PRESERVAR LA PAZ MEDIANTE EL USO DE LA FUERZA”. Por Manuel Quiroga Clérigo

ACERCA DEL LIBRO DE CHRISTOPHER CLARK: “SONÁMBULOS. CÓMO EUROPA FUE A LA GUERRA EN 1914”. GALAXIA GUTENBERG/CÍRCULO DE LECTORES, BARCELONA 2014, 800 PÁGS.

Como (casi) todo el mundo sabe el 28 de junio de 1914 el serbobosnio Gavrilo Princip asesinó con dos tiros certeros al heredero del Imperio Austro-Húngaro Archiduque Francisco Fernando y a su esposa Sofía Chotek von Chotkova y Wognin, padres de tres hijos, y cuyo matrimonio no había sido acogido con entusiasmo ni en Viena ni en sus círculos familiares. Francisco Fernando era sobrino del Emperador de Austria-Hungría Francisco José I dado que el hijo de éste, el Príncipe Rodolfo, se había suicidado en un pabellón de caza y había sufrido la muerte de su esposa, la querida y famosa Sissí. Se dice que Francisco Fernando era un político conciliador, amable, amante de su familia y muy preocupado por los problemas existentes entre Viena y el resto de Europa, sobre todo por los conflictos que de continuo se suscitaban en los Balcanes. Precisamente ese día los serbios conmemoraban el aniversario de la batalla del Campo de los Mirlos en Kosovo cuando sufrieron una estruendosa derrota frente al Imperio Otomano y que, sin embargo, sería el inicio de algo grandioso para los serbios. Christopher Clark, Catedrático de Historia Moderna Europea y Fellow del St. Catharine's College de la Universidad de Cambridge dice en su, excepcional, libro “Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914” que “Adornada a lo largo de los siglos, esta batalla medieval no decisiva floreció hasta convertirse en una escena simbólica entre la condición serbia y su enemigo infiel”. Ya Barbara Tuchman en “Los cañones de agosto” (Argos Vergara) hizo un balance exhaustivo de los resultados de aquella guerra, de la que, asimismo, existe abundante literatura y concienzudos estudios llevados a cabo por especialistas aunque Clark, en este

libro, no anota más bibliografía que la que aparece en las notas, eso sí, amplía y muy aclaratoria del relato histórico que, incluso, es excesivo pues en algunos apartados repite datos y referencias ya explicados de manera suficiente con anterioridad. De todas formas sus 645 páginas de texto y 151 de notas e índice onomástico pueden considerarse un detenido estudio sobre esa contienda que, cien años después, aún tiene consecuencias en la vida de los pueblos de Europa. Muchos de los apartados de Tuchman fueron tenidos en cuenta por el tándem Kennedy-Johnson cuando, para librar al mundo del comunismo asiático según tales políticos, se metieron en el berenjenal de la guerra del Vietnam, aunque no se atrevieran a tanto en Laos colonia francesa desde 1893, donde se cometieron tantísimos crímenes y se logró una impresionante cifra de muertos solo superada por otras arriesgadas aventuras como la del trío de las Azores, dos protestantes y un aparente católico invitados por quien luego sería gran mandamás en Europa, un tal Durão Barroso, quienes decidieron en contra de la mayoría de la opinión pública de sus respectivos países poner fin a la oprobiosa dictadura de un sádico criminal como Sadam Husein pero llevándose por delante a toda una población indefensa y dejando en Irak una guerra civil de, todavía, incalculables consecuencias.

La Batalla del Campo de los Mirlos tuvo lugar en la localidad de Prizren el 28 de junio de 1389. En ella los serbios fueron derrotados por los turcos pero, en medio de la cruel batalla un asesino profesional llamado Milos Obilic “se enfrentó en el cuartel general de los turcos y degolló al sultán antes de que los guardias otomanos le capturasen y le cortaran la cabeza”, explica Clark, por lo cual es considerado un héroe nacional. Precisamente el día en que Princip causó la muerte al Archiduque austriaco y a su esposa, Serbia se preparaba para homenajear ante ese criminal, actos que, lógicamente, quedaron suspendidos. Prizren al sur de Kosovo, hoy con una autonomía o independencia protegidas por la OTAN, y en cuyas negociaciones tuvo una intensa participación Javier Solana, es una preciosa ciudad, atravesada por un río de aguas claras y circundado por una extensa fortaleza defensiva que, poco a poco, sobre todo a partir del comienzos del siglo XX fue siendo ocupada por albaneses hasta conseguir ser la mayoría de su población, motivo por el que acabó por obtener esa cierta independencia protegida, frente a una minoría serbia que sigue considerando como propio ese suelo. Pero existió otro mes de junio, concretamente el del día 11 del año 1903, en el que “38 oficiales del ejército serbio se dirigieron a la entrada principal del palacio real de Belgrado” y, de la misma manera que más recientemente fueron asesinados Ceaucescu y su esposa en Rumanía, “una ráfaga de disparos a quemarropa acabó con la pareja” del rey Alejandro Obrenovic y la reina Draga arrojando el cadáver de ella “casi desnudo y pringoso, a los jardines” y “Cuando los

asesinos intentaron hacer lo mismo con Alejandro, una de sus manos se cerró momentáneamente alrededor de la barandilla. (Entonces) Un oficial dio un tajo al puño con un sable y el cuerpo cayó al suelo con una lluvia de dedos cortados” .¡Qué crueldades innecesarias en un siglo que ya parecía disfrutar de una civilización avanzada!. Acto seguido “los conspiradores anunciaron el fin del linaje Obrenovic y la sucesión en el trono de Pedro Karadjordjevic”. Así que, recapitulando, se repetía el quitar a un rey para poner a otro, pues ambas dinastías eran rivales, sobre todo desde que el Jorge el Negro, fundador de los Karadjordjevic, “encabezó un levantamiento en 1804 que logró expulsar a los otomanos de Serbia”. Los otomanos recuperaron el poder en 1813 y Jorge se exilió en Austria, pero “Dos años después se organizó un segundo levantamiento bajo el mando de Milos Obrenovic, una manipulador político muy hábil que logró negociar con las autoridades otomanas el reconocimiento de un Principado serbio”. Pero, cuidado, cuando Pedro “regresó a Serbia del exilio fue asesinado por orden de Obrenovic (quien) recibió el título de Príncipe de Serbia durante la mayor parte de su existencia como principado dentro del Imperio Otomano (1817.1870)”. Milos abdicó en 1839 en su hijo Milan cuando existía una alianza entre las dos dinastías rivales, pero su muerte prematura dio paso al reinado de Mihailo, época en que se rompe tal alianza y se proclama rey a Alejandro, quien debió abdicar en 1958 a favor nuevamente en 1858, a quien sucedió de nuevo Mihailo dos años después, aunque a los 8 años fue asesinado sucediéndole el príncipe Milan Obrenovic (1868-1889), durante cuyo reinado el Congreso de Berlín concedió a Serbia “la condición de Estado independiente. Milan lo declaró reino y se proclamó rey”. Alejandro tenía 16 años cuando derrocó “la regencia (que había instalado su padre en 1889) con un golpe de estado singular”. Y aquí llega el criminal Dragutin Dimitrejcic, “conocido posteriormente como “Apis”, debido a que su fuerte complexión les recordaba a sus admiradores la corpulencia del dios buey del antiguo Egipto”, quien planea la muerte de la pareja real, llevada a cabo de la manera antes indicada el 11 de junio de 1903. Uffff.....Bueno, pues ese mismo Apis, ya convertido en jefe de la inteligencia (o sea de los espías) de Serbia va a organizar el, digamos, comando que dará muerte a Francisco Fernando y Sofía en Sarajevo. Para entonces ya Serbia contaba con la simpatía del antiguo Imperio Otomano y, sobre todo, de Rusia, lo que justificará posteriores cuestiones bélicas. Páginas y páginas nos informarán de la serie de alianzas, ententes y compromisos entre los dos bandos que se crearon, donde ya mucho después de lo relatado en este libro excepcional entraría en liza la gran potencia norteamericana, pues por entonces habían ocupado la zona del Canal de Panamá y habían construido la célebre vía de agua,

transitada en estos cien años por más de millón de barcos de todos los países y calados. El asesinato del Archiduque y su esposa daría lugar al inicio de una guerra terrible exactamente 37 días después de tan cobarde e inexplicable acto de Sarajevo. Cuando Francisco Fernando y su esposa llegaron a Sarajevo se puso en marcha el dispositivo organizado por el salvaje Apis; uno de los comisionados falló en el primer intento y, también, falló al querer suicidarse inhalando el veneno que cada uno llevaba al efecto y luego lanzándose al río; el Archiduque se quejó a las autoridades de la ciudad por lo que él consideró un recibimiento criminal; entonces ya estaba Princip en marcha para actuar pues un segundo comprometido no se atrevió a empuñar las armas homicidas y huyó; Gavrilo perdió la primera oportunidad de atentar y tuvo que correr sorteando a la comitiva para encontrarla cerca y evitar errar el tiro, como así fue. Todo ello supuso el lógico y enorme revuelo en una ciudad generalmente pacífica y poco dada a este tipo de actos.

De todas formas es muy importante comenzar a saber que justo en el momento del atentado ya el káiser Guillermo II de Alemania, que tenía como meta el abrir nuevos mercados para su país de la forma que fuera, estaba en conversaciones con su primo Nicolás II, ambos descendientes de Victoria I, la gran imperialista, reina de Inglaterra e Irlanda desde 1837 y Emperatriz de la India desde 1876, con excelentes nóminas por tan importantes nombramientos. “Los ‘telegramas Willy-Nicky’, -comenta Clark- como pasó a conocerlos, han ejercido una fascinación duradera, en parte porque, al leerlos, uno tiene la sensación de estar escuchando a escondidas una conversación privada entre dos emperadores de una Europa que hoy ha desaparecido, y en parte porque transmiten la sensación de un mundo donde el destino de las naciones todavía estaba en manos de unos individuos sumamente poderosos”. Uno de estos individuos, con poder suficiente para movilizar soldados y crear doctrinas marciales vino a decir que era preciso “preservar la paz mediante el uso de la fuerza”. El káiser y Alemania se consideraban amigos y protectores de Austria-Hungría y, sobre todo, de Francisco I, que pese a haber incorporado a Alemania Alsacia y Lorena tras la guerra de 1870 seguía deseando ocupar otras partes de Francia, como ya en bromas o veras había sugerido a Inglaterra, al decir que al país galo no le perjudicaría demasiado correr la frontera para dar territorios a su país cuya expansión no cesaba de precisar nuevos espacios. Total que ya tenemos dos bandos: Austria-Hungría, ofendida por el atentado de Sarajevo, imperio que contaba con el apoyo tácito de Alemania y, de otra parte, las diversas ententes. En ellas se encontraban Rusia, principal valedor de Serbia y Francia, temerosa de una posible invasión por parte de Alemania. Inglaterra, indecisa en algún momento, tenía claro que la defensa de

Francia era más útil a sus intereses y, con ello, estaría, seguramente, sin desearlo, al lado de Rusia que había hecho suyas las simpatías por los países eslavos, la mayoría procedentes del Imperio Otomano que, años después, tras las conferencias de Yalta y Potsdam Stalin conseguiría que pasaran a quedar bajo la influencia de la Unión Soviética, incluyendo la construcción del Muro de Berlín y la creación del, no tan simbólico, Telón de Acero diagnosticado por Churchill.

En Serbia, más que el propio Rey, era su hombre de confianza Nicole Pasik quien se convirtió en “una de las piezas claves en la crisis que precedió al estallido de la I Guerra Mundial”, pues ciertamente, según Clark, “fue el estadista predominante del reino después del regicidio”. Alguien ha dicho que los Balcanes estaban produciendo más historia de la que podían digerir. Cuando el 4 de agosto de 1914 Alemania invade Bélgica para ocupar Francia, y cuando el Emperador de Austria-Hungría, seguramente agotado ante tanto trajín bélico brotando a su alrededor firma, como ofendido, un ultimátum con diez puntos a Serbia y, poco después, declara la guerra, pese a que el reino de Serbia había aceptado cumplir todos los puntos salvo el que se refería a la investigación en su suelo del asesinato del heredero, ya está en pie esa feroz contienda que, dependiendo de las fuentes, causó más o menos 20 millones de muertos, 21 millones de heridos y la casi completa destrucción de gran parte de Europa. Pero, dice el autor, que “Ya en 1908, el liberal ruso Pável Milinkov visitó Serbia y se quedó asombrado de la intensidad del sentimiento público, y no creían en una victoria fácil y segura en caso de guerra”. En Austria-Hungría el sentimiento belicista era más amplio y gran parte de la población creía que la guerra sería una solución a los problemas por los que atravesaba el país. Por ejemplo Sigmund Freud, el psiquiatra vienés fundador del psicoanálisis, tan apreciado por las clases liberales del mundo entero desde el inicio de sus tratamientos de la neurosis y otras dolencias de la población más encumbrada, que ha ejercido tanta influencia en los ámbitos de la psicología, la moral, el arte y la literatura modernas al indagar en las tendencias psicosexuales reprimidas en el inconsciente del individuo recibió la noticia del conflicto armado que se avecinaba y, recuerda Clark que se manifestó con estas palabras: “Por primera vez en 30 años, siento que soy austriaco, y tengo ganas de darle otra oportunidad a este Imperio no demasiado prometedor. Toda mi libido está dedicada a Austria-Hungría”. Tan genial belicista todavía vivió para conocer el inicio de la II Guerra Mundial que atizó su paisano, el criminal Adolfo Hitler que había anexionado Austria al III Reich en 1938 cuando (Freud) se había trasladado a Londres donde falleció en 1939 tras padecer un cáncer de mandíbula. Sin embargo, anota el autor de este libro el caso de Franz Kafka, el novelista checo, judío y de

lengua alemana tuvo un comportamiento, digamos, más calmado en la jornada en que se iniciaba la guerra pues su “diario personal guarda silencio sobre los acontecimientos políticos de aquel día para en cambio recrearse en una crónica de infortunios puramente privados-extraviarse al acudir a un acto, equivocarse al coger un tranvía y no llegar a responder a una llamada telefónica”, actuación que, según Clark, “era excepcional” en aquellos momentos turbulentos en que avecinaba tan extraordinaria tragedia. De todo ello habla con claridad, con datos contrastados y con referencias históricas innegables Christopher Clark. Asistir a las conversaciones, diatribas, polémicas, rencores o vivencias de los hijos de Satanás que, desde los despachos, enviaron a tantos hombres a morir en los campos de batalla, a los cuales el mundo perdonó muy fácilmente como se hizo con los dirigentes de la II Guerra Mundial (incluido Hiro-Hito) o se está haciendo con los gobernantes hebreos en su actuación genocida o con el imperialista Putin, que lleva en el poder desde 1999, y sus adláteres, y que pretende, nada menos, reconstruir la Gran Rusia de los zares por los medios que sean sin importarles las muertes o divisiones que ello ocasione, como mal ejemplo tenemos el asalto al colegio de Beslan donde murieron 300 rehenes de los terroristas o de la actitud de acorralamiento ante chechenos u otros nacionales que se opongan a su integración en Rusia. En 1914 la actuación de los políticos cobró dimensiones de furor. Frente a algunos como Winston Churchill, un joven Ministro de Marina, que no era partidario de entrar en la guerra contra Francia si ésta, como había prometido, únicamente mandaba a sus ejércitos a cruzar la meseta ondulada de “Las Ardenas a través del sur de Bélgica, limitando la presencia de tropas a la zona sur de los ríos Sambre y Mosa” y eso con todas las garantías de respetar al reino de Bélgica e indemnizarle. Fue precisamente la invasión en toda regla del país belga el motivo que impulsó a Inglaterra a entrar en la contienda. Recordemos aquí que Churchill, nacido en 1874, quien jugó un papel decisivo en la II Guerra Mundial, había participado como joven soldado voluntario en las guerras de Cuba de finales del siglo XIX. Ya, como Primer Lord del Almirantazgo, había procedido a sustituir en los barcos de guerra el carbón por el petróleo con lo cual, además de otras ventajas, podían transportar bombas de muy superior calibre. En 1914 fue notoria la actuación de otros políticos o militares, unas veces con un afán expansionista como el del káiser y otras por un ideal de aguerridas ansias como el caso del Jefe del Estado Mayor austriaco el Mariscal de Campo y Teniente Franz Conrad von Hötzendorf “que fue siempre un firme defensor de la guerra contra los enemigos de la monarquía”. Esta firmeza se incrementó cuando, tras la muerte de su esposa, se enamoró en una cena de una mujer casada y se dedicó a cortejarla tratando incluso de impresionarla con sus actitudes marciales hasta que

consiguió que ella abandonara a su esposo y seis hijos, “Incluso-recuerda Clark- llegó a considerar la guerra como medio para lograr que Gina fuera suya”. Otros actores de esta contienda fue Nicolás II que mientras tratada de alinearse con Francia estaba dejando libre el camino para los revolucionarios de Kerenski y, luego, de Lenin lo cual le costó la cabeza y la instauración de la Unión Soviética. Por allí, en Munich andaba desde 1912 un joven de origen austriaco llamado Adolf Hitler tomando nota de los odios que se avecinaban para, años más tarde, tratar de reivindicar una Alemania imperial como ahora mismo está consiguiendo, por otros medios, Angela Merkel. El Presidente de Francia, Raymond Poincaré que era primo hermano del matemático y filósofo Henry Poincaré, no veía tan cerca de la guerra pero, por si acaso, confiaba en la ayuda de un país tan lejano como Rusia, a través de las alianzas que previamente se habían establecido, y de ahí sus viajes por el Báltico y sus conversaciones permanentes con los embajadores de Inglaterra y Rusia, antes Francia ya había creado grandes problemas como fue su incursión y ocupación de Marruecos, lo cual dio lugar a la crisis de Agadir de 1911. Así que, lo mismo que existen hoy en Israel halcones como Netanyahu y políticos moderados que tratan de buscar acuerdos con los palestinos, incluso con los hamadistas de la franja de Gaza, en la Europa de 1914 el Ministro de Asuntos Exteriores de Inglaterra Edward Grey era firme partidario, sino de la guerra en sí, de la alianza con Francia y Rusia para una defensa a ultranza de Serbia y las franjas fronterizas de Albania a cargo de Rusia, sobre todo cuando George Buchanan, su embajador en San Petersburgo le comunicó la inmediata movilización de los rusos. Su idea era sólo entrar en la guerra si era atacada Francia. El rey Jorge V confiaba y delegaba en sus ministros y, debido a la buena relación personal con el káiser, no parecía muy entusiasmado con llevar a Inglaterra a una guerra pues coronado en 1910 ya tenía encima las reivindicaciones del partido Sinn Feim que bajo Eamon De Valera conseguiría la independencia de Irlanda, salvo los seis condados del Ulster, lo cual originó una guerra sangrienta posteriormente, con la muerte a manos del IRA y de los unionistas de unas 3157 personas.

Es muy encomiable labor de este autor como estudioso que maneja miles y miles de datos, nombres, lugares, deseos. Así hemos llegado a saber que la Triple Entente, formada por Rusia, Francia e Inglaterra se enfrentó a la Triple Alianza, que se había formado en 1882 entre Alemania, Austria-Hungría e Italia llevando al mundo a una guerra de funestas consecuencias. En 1915 Italia denunció los principios del tratado aunque el Imperio Otomano se sumó a la Alianza. Mientras tenía lugar la tragedia en los campos de batalla Francia e Inglaterra aún tienen tiempo, y vigor, para delinear fronteras a su antojo y, con ello, repartirse parte del

mundo sobre todo Oriente Medio como el Líbano o Siria, por ejemplo. Libia había sido ocupada por Italia en 1912 bajo las órdenes de un rey mamarracho como fue Víctor Manuel III que, un cuarto de siglo después, encomendó al neurótico Mussolini la conquista de Abisinia, país en el que el monarca bajito se proclamó Emperador en 1936.

El armisticio que puso fin a esta tragedia se firmó el 11 de noviembre de 1918. Rusia se había retirado meses antes al derribar la monarquía sustituyéndola por la República Democrática de Kerenski la cual, meses después, desapareció a manos de Lenin y Trotsky. La paz de Brest-Litowsk en 1918 con Alemania y el fusilamiento del zar e Sverdlovsk afianzaron su revolución, también excesivamente sangrienta, que al fin dio lugar a la Unión Soviética, inútil intento de crear un paraíso para obreros y campesinos que se apagaría setenta años después de la mano de Gorbachov.

“En este sentido,-termina escribiendo Clark- los protagonistas de 1914 eran como sonámbulos, vigilantes pero ciegos, angustiados por los sueños, pero inconscientes ante la realidad del horror que estaban a punto de traer al mundo”.

Manuel Quiroga Clérigo

(San Vicente de la Barquera, 9 de agosto de 2014).